

Descansa En Paz

Amauta

CIRO

● Pocos escritores como **Ciro Alegria** han llegado a la más íntima fibra del pueblo, con su lenguaje sencillo y campechano, rico en matices costumbristas...



● La librera de las letras peruanas conversa aquí con el genial poeta chileno, Pablo Neruda.



● Antenor Orrego abraza al gran novelista desaparecido. Manuel Seoane mira la escena.

**ROSENDO MAQUI
ESTA DE LUTO,
LLORA EL FIERO
VASQUEZ,
AULLAN
TRISTEMENTE
GUESO Y
PELLEJO...**

El hombre que concibió la primera agonía épica de la justicia social sobre los Andes, ha muerto.

El hombre que concibió a una naturaleza terrestre más fuerte que los brazos humanos, victoriosa en el verde silencio del Marañón, ha muerto.

Sobre el cuerpo de **Ciro Alegria** —57 años; no muy alto de estatura; ojos vivos, penetrantes; cejas selváticas; pelo cano, rebelde; voz atiplada; rostro sereno, rubicundo— ha descendido la muerte, y un río de tristeza tinte de luto la cultura peruana.

El viernes último una crisis cardíaca privó a la novela peruana de su más alto exponente. El artífice magistral, el padre verdadero de Rosendo Maqui ha dejado de existir aquí, entre las suaves y duras cosas

cotidianas, entre el latido de todos los días, en este triste y hermoso suelo peruano regado con el sudor y sangre de los hombres.

El ya no está aquí, entre nosotros. Pero vive profundamente en nosotros. Agita nuestra conciencia, estruendo nuestro corazón, embellece nuestros sueños, dignifica nuestra existencia, fortalece nuestro espíritu. Su palabra —asi es la invicta palabra de un escritor— se yergue, enhiesta, triunfante, por encima de la muerte y del tiempo.

Nació el 4 de noviembre de 1909 en la hacienda Quilca (Huamachuco) y se crió —los primeros años— en la hacienda Marcabal. Abrió sus ojos a la naturaleza pura y transparente de la serranía peruana. Y sus primeros años se impregnaron,

también, del paisaje andino que, años más tarde, describiría en forma admirable en sus mejores páginas.

A los quince años escribió su primera novela (no la publicó). Periodista juvenil en la "Tribuna Sanjuanista", en "El norte" y en "La Industria" de Trujillo, Alegria dedicaría quizás los mejores años de su vida temprana a la militancia política, al fragor de la lucha partidaria como miembro del Partido Aprista —del que se separaría en forma radical en 1948— tanto en la Universidad como fuera de ella en los dramáticos momentos que vivió la patria de 1930 a 1933.

Sus convicciones políticas no le dieron tregua. Preso en la Cárcel de Trujillo; revolucionario perseguido por el Gobierno; nuevamente preso en la Penitenciaría de Lima; de nuevo redactor de "La Tribuna", gracias a la amnistía que diera Benavides en 1933; y nuevamente perseguido y desterrado, **Ciro Alegria** no conoció el reposo. Sería en Chile, en el exilio donde alcanzaría la serenidad indispensable para

meditar y organizar la compleja fronda de su novelística, e impregnar sus ojos de la húmeda nostalgia de la patria lejana y cantarla, amándola, en sus tres únicas y magistrales novelas, escritas precisamente en el destierro.

En 1935 ganó el Concurso de Novela "Nacimiento" auspiciado por la Sociedad de Escritores de Chile, con su honda y alegórica novela "La serpiente de oro".

Enfermo gravemente, escribió en el sanatorio "Los perros hambrientos", que le valió en 1938 el primer premio del concurso de novela organizado por la editorial "Zig-Zag".

Tres años después vino la apoteosis continental de su pluma, impregnada de una inquietante belleza y de un nuevo y abrumador significado. El gran poeta norteamericano Archibald Mac Leish le entregaría en 1941, en el Waldorf Astoria de Nueva York, el primer premio del Concurso Latinoamericano de Novela, organizado por la empresa Farrar y Rinehart de los Esta-

dos Unidos por su obra "El mundo es ancho y ajeno", quizá la mejor novela escrita en el Perú, en todos los tiempos.

Después vino el silencio inexplicable de este gran novelista. Un silencio de 25 años, hasta el silencio definitivo de su muerte.

Los años posteriores a 1941, son del periodista, del pedagogo y de nuevo, del político. Realizó trabajos literarios y periodísticos y enseñó castellano en Estados Unidos, Puerto Rico y Cuba. Volvió al Perú hace pocos años. Un grupo de eruditos le otorgó un sillón de número en la Academia Peruana de la Lengua, y una masa de sufragantes le confirió una curul en el Parlamento, como representante del partido Acción Popular.

Su labor intelectual, estos últimos años, osciló entre el periodismo en dos diarios ("El Comercio" y "Expreso"), como comentarista y en una fugaz revista cultural, como director; entre la vida institucional en su calidad de Presidente de la Asociación Nacional de Escritores y Artistas; y entre la oratoria cul-

tural como ágil y versado conferencista.

Ciro Alegria deja una estela imborrable y fecunda en el campo de la narrativa. Constituye la culminación madura y el ápice más alto de la búsqueda de la conciencia nacional en la literatura peruana.

Sus altos valores literarios tienen no sólo la indestructible luz de lo hermoso y lo verdadero en el alma colectiva de su pueblo, sino también el faro sustancial de formas lingüísticas plenas, que confieren calidad técnica a su obra ejemplar.

Nadie como él, o quizá muy pocos, han sabido captar la simple y sencilla pureza de los valores fundamentales de la existencia del hombre. Y casi nadie —quizás sólo López Albújar— ha sabido cantar como él, la hazaña de la justicia y la epopeya del dolor en los Andes.

Desde el más alto sitial de la belleza literaria, su obra inunda de luz a lo largo y lo ancho de la patria.

Por **Edgardo Pérez Luna**

